

Homenaje a Mario Bahamonde



El desierto hay que sentirlo y, para ello, es necesario compenetrarse de sus elementos: sus arenales de acariciante quietud; sus lomajes y quebradas de extraña configuración; sus cerros y montañas de áspera piel morena cubiertos con el mensaje de la geología; su atmósfera de ondulante sequedad que aprieta las carnes humanas y hace desangrar en cada atardecer el ensueño del horizonte; el aletazo pertinaz del viento que vagabundea rumbo adentro de la tierra repasando distancias y amasando terrales; la mano abierta del día que aplasta la visión de la noche con la ceguera del sol; la viva muerte de la piedra incrustada en la ladera; la inmensidad profunda de la noche que enciende de pedrería los ojos fascinados del sorprendido viajero; y las rayas amarillentas de los caminos que repechan cerros, tuercen la comba de un monte, arremeten una llanura y huyen hacia el ignorado destino y por los cuales el ansia humana recorrió toda la soledad sedienta arreando su corazón de hombre de mina en mina, de sol en sol, de veta en veta, de hambre en hambre, de derrotero en derrotero, de silencio en silencio, de filón en filón, de muerte en muerte, tras la eterna aventura de la esperanza donde fundar sus reales y echar a dormir sus huesos.

fragmento del Prólogo Antología de la Poesía Nortina,
Mario Bahamonde, Antofagasta, 1966

LA NIÑA DE MEJILLONES

El mar, la playa y el viento
en el corazón contento.
Una mancha de sol rubio
en tu cabello dormido.

Sobre el viento, la mañana;
sobre el mar, una gaviota;
sobre la playa, un recuerdo
y aquí en mi pecho, este canto.

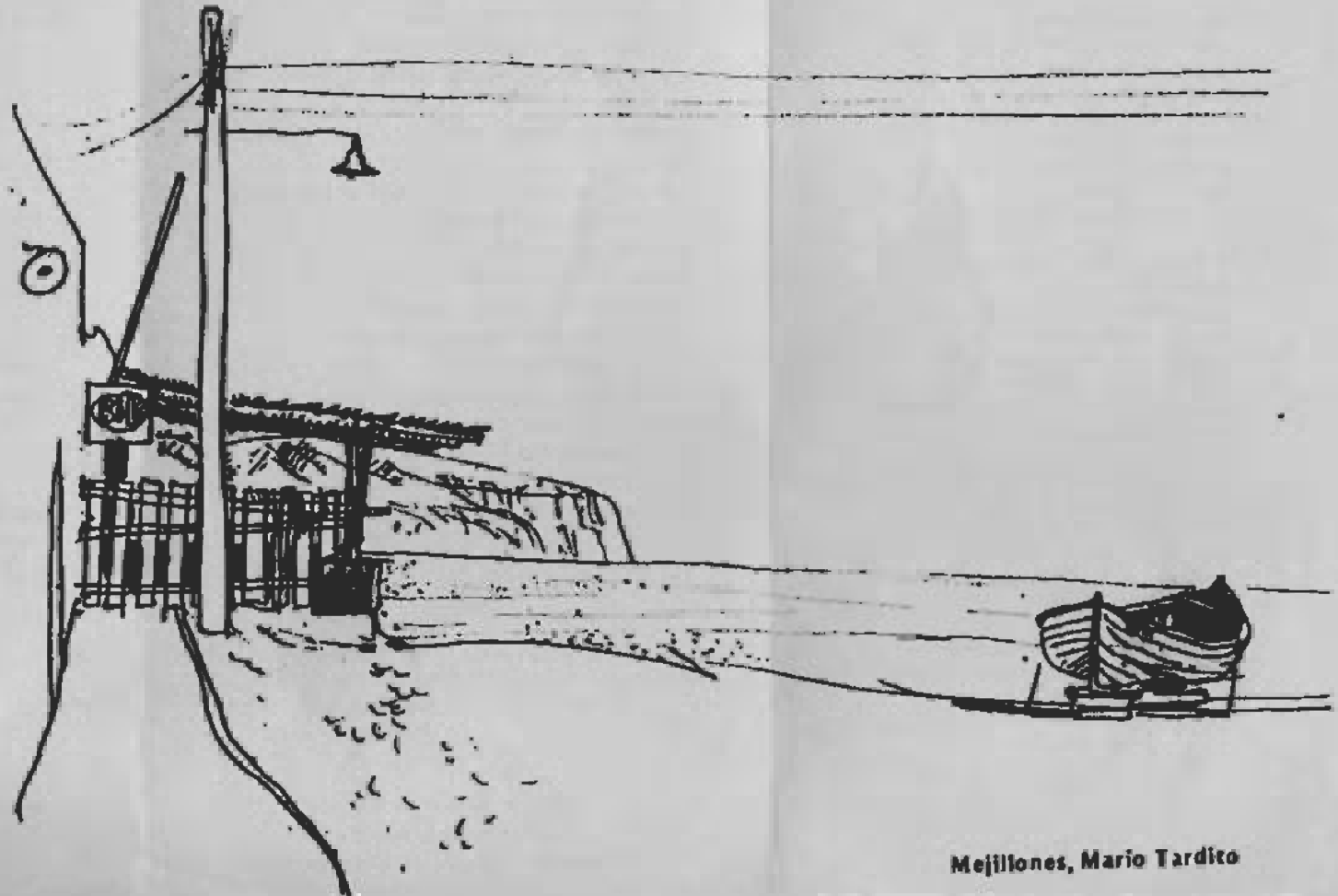
Un bote arando la pena
navega con remos muertos
y en el muelle, sobre el puerto,
el sol clava su cadena.

Mejillones, rosa negra,
naufraga sobre recuerdos:
mineros de negras vetas,
veleros de blancos ruedos.

Niña azul de Mejillones,
fantasma de los mineros,
cómo me grita el pasado
en su nidal de veleros.

El mar, la playa y el viento
en el corazón contento.
Una mancha de sol rubio:
¿dónde estás, niña del cuento?

Mario Bahamonde



Mejillones, Mario Tardito

DERROTERO DEL VIENTO

¡Oh viento!
el desierto cuando amanece
en ti se hace velamen.
Con mi gesto humilde
deja escuchar tu presencia:
Mensajero del polvo y de la arena
profeta de los cerros y de las piedras!

Aguja del aire, que caldeas el vientre
de la dinamita
y, sales al camino
con tu tórax desnudo.

Te vas repitiendo por las calles,
sin dejar que el silencio haga un hueco
con el nombre de tus mineros muertos.

Sé, camarada viento
que tú cavas, en tus invisibles muros,
transparentes fosas,
para que ellos, igual que antes,
vivan persiguiendo el desierto
con su cota sin detalle
como aquellos viejos días,
cuando el sueño
les mantenía los ojos abiertos.

Y llegas y juegas con las manos
entre los árboles,
que suelen en esta ciudad
plantar los hombres,
para que ondee la tierra verde
y no pase sin mirarnos el cielo
cuando estrena para su uso exclusivo
un traje de primavera.

Tomas el humo heroico de las chimeneas,
y el viejo reloj de la plaza,
sirve de humilde mensajero
para llevar en tus alforjas
el cantar de las horas
y todos pueden saber,
camarada viento,
cuánta arena necesita el desierto
para memorizar tu sencillo nombre.

DESIERTO

A Mario Bahamonde

Tras su consumación de océano que transcurre
en manadas de aleteantes ritmos
vuela silencio cada mañana

Volumen de este mundo arena
Vientos envejecidos en temporales polvo
invulnerable lesión distribuida como sangre
radiante de mil eventos volcánicos piedra

Plomo y vacío de zumbidos
muerto de estrépitos torrenciales
ocupando lo ocupado de un lugar a otro
en este continente sin semillas
esta sucesiva inmensidad del olvido
se aleja hacia alguna parte por las variantes
del tiempo
comiendo su mito de criatura cortante y segadora

Espumado animal poseso murmullos perseguido
haciendo elipses misteriosos
en asedio sin destino
la nada mínima en la vastedad
apresura los intersticios del suelo
donde nunca principia un comienzo
—todo es final—

omega tras omega en ráfaga definitiva
resplandece este abismal huevo del planeta
cimentando estratos minerales
cubriendo el misterio de sus velos
en estado puro de luz evaporando distancias.

Eduardo Díaz E.